

**SIGUE TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA
ENTRE NOSOTROS
TOMÁS POLANCO FERNÁNDEZ**

Señor Doctor Julio Rodríguez Berrizbeitia, Presidente de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, y demás miembros de su directiva.
Señores académicos Enrique Urdaneta Fontiveros, Gabriel Rúan Santos, Allan Brewer Carías, Rafael Badell Madrid y demás académicos participantes en este acto homenaje a Tomás Polanco Alcántara.
Señora María Antonia Fernández de Polanco
Señora Martha Aceituno.
Queridos hermanos, hijos y familia toda,
Señoras, señores.

Se cumplieron recientemente diecinueve años de la partida de nuestro querido Padre, con motivo de lo cual hoy la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, publica su boletín número 165 en su homenaje. Sigue Tomás Polanco Alcántara entre nosotros, ayudándonos en primer lugar a agradecer a todos ustedes este acto, y en particular a quienes lo promovieron y convirtieron hoy en una realidad.

Me atrevería a decir que todos los individuos de número de esta corporación son sus amigos, por diferentes motivos, algunos sus alumnos, y varios además profesores o compañeros de sus hijos. Yo me encuentro en esa lista junto con mis hermanos Manuel, Eduardo, Beatriz y Jesús Alfredo.

Cuando tuvimos que escoger cuál de los hijos debía representar a la familia en esta sesión, aplicamos la fórmula democrática: elección por mayoría, y resulté escogido quizás por además ser el mayor de los hermanos. Cualquiera de mis hermanos o hermanas lo hubiera podido hacer igual que yo, porque gracias a nuestros padres somos una unidad, que se mantiene muy activa.

Llegar a ser individuo de número de esta Academia, fue para nuestro Padre un objetivo de vida muy importante. Cuando finalmente había llegado su momento, y tenía el consenso para su elección, presentó también

su candidatura uno de sus profesores. Mi Padre retiró entonces la suya, y permitió que su profesor tuviera garantizada la elección, y que en la Academia se mantuviera una costumbre de elegir por unanimidad. Poco tiempo después se presentó para él otra oportunidad, y resultó entonces elegido como parte del grupo académico. Más tarde pudo además ser miembro también de las Academia Nacional de la Historia, y de la Academia Venezolana de la Lengua.

Nuestro Padre fue un hombre ejemplar. De niño siempre se distinguió como estudiante en el Colegio San Ignacio, que nuestro Abuelo católico quería para su educación, y que pudo aprovechar gracias a la oportunidad que le dieron los jesuitas de tenerlo allí becado, con la condición que cumplió siempre de obtener la mejor nota.

Decidió estudiar Derecho en la Universidad Central de Venezuela, donde se convirtió en abogado y doctor en Ciencias Políticas. Mientras estudiaba además de trabajar, ejercía la docencia en escuelas privadas y luego en la Universidad. Fue tan importante esa etapa de su vida, que terminó casado con quien decía fue su mejor alumna del último año de bachillerato, y luego desarrolló su carrera en la Universidad Central de Venezuela donde llegó a ser profesor titular III.

Se dedicó entonces con pasión tanto a su matrimonio con nuestra Madre, como a su profesión de abogado, que ejerció libremente muchos años, y a la Universidad Central de Venezuela, en una etapa muy interesante, constructiva y participativa como docente e investigador.

Se opuso a la creación de la escuela de derecho de la Universidad Católica, pues sostenía que se dividía innecesariamente la calidad de los esfuerzos para formar abogados. Algo sucedió desde el Vaticano, que no solo dejó de oponerse a este proyecto académico, sino que fue invitado a dictar la primera clase en esa nueva escuela, de la cual fue también su profesor muchos años.

Su ejercicio profesional, combinado con la cátedra universitaria, le dieron una actividad que dejó muchos frutos, tanto que la Universidad lo premió con la orden de José María Vargas, y la Fundación Rojas Astudillo con el primero de los premios que otorga a los mejores trabajos jurídicos. Se llegó a convertir en el abogado más activo y próspero de su época, hasta que en el año 1969, el Presidente Caldera le pide se incorpore al Servicio Exterior como su Embajador. La decisión era difícil, pero lo aceptó luego de la conformidad de nuestra Madre, e información a sus nueve hijos, por

dos principales razones: la necesidad de servir al Estado como parte de su vocación, y la oportunidad de abrir el horizonte de vida a su familia.

Nos fuimos todos a Chile. Allí hizo nuestro Padre realizó una gran labor. Con nosotros de mayor integración y sentido de grupo familiar muy unido, y para Venezuela: atender la negativa de Venezuela de incorporarse al Pacto Andino en sus detalles de formación iniciales, colaborar muy activamente en lo que se denominó convenio Andrés Bello, participar en un trabajo muy interesante que consistió en lo que mi Padre denominó “mudanza” de Andrés Bello a Caracas con la ayuda de don Pedro Grases.

En Chile tuvo que hablar mucho de Venezuela a los chilenos de entonces que poco sabían de nosotros, surgió la idea de escribir todo lo que decía, y así publica su primer libro de historia:” Seis Siglos en seis ciclos de Historia de Venezuela”, que son el comienzo de su obra escrita acerca de nuestra historia, sus diferentes ciclos o etapas y sus personajes.

Chile lo despide con sus más altas condecoraciones, una que se la entrega Eduardo Frei Montalva antes de dejar la presidencia, la orden Bernardo O’Higgins, y luego Salvador Allende lo distingue con la orden al Mérito.

Deja a Bolívar en el Palacio de La Moneda, y se lo trae en un retrato de civil, que hoy preside el rectorado de la Universidad Simón Bolívar de Caracas.

Luego de esta labor tan fructífera en la diplomacia bilateral, es llamado a cubrir otra función también diplomática, pero en las Naciones Unidas, en Ginebra, a donde también nos trasladamos todo el grupo familiar.

Ginebra fue otra gran experiencia para todos, y allí hizo nuestro padre lo que le correspondía frente a los organismos especializados de Naciones Unidas, con énfasis en las necesidades de la Venezuela de entonces, y con la ayuda de un gran equipo de profesionales venezolanos que lo acompañaron , en un programa que diseñó el Canciller Aristides Calvani, de incorporar al servicio exterior, profesionales jóvenes que prestaban sus servicios a cambio de una oportunidad de estudiar simultáneamente en las mejores universidades. Esta etapa solo duró un año, pues se presentó una necesidad de atender la embajada en España, a donde también tuvimos todos que viajar.

España era un destino interesante. En esa época a los venezolanos nos causaba cierta reacción negativa ese país por su Gobierno. Franco a pesar de haber sido un dictador, llevó su país a una situación de orden y nivelación social, de progreso y de democracia construida desde la fuerza. Nuestro Padre, también allí se lució... Firmó con España más tratados de

los que se habían firmado desde la Independencia hasta que él llegó... Colocó un busto de Andrés Bello en la Real Academia de la lengua, frente a Cervantes, adquirió una nueva sede de categoría para nuestra representación diplomática, que aún tenemos, apoyó todas las iniciativas de intercambio que se presentaron, y siguió escribiendo historia con énfasis en nuestros personajes y la diplomacia.

Pierde las elecciones en Venezuela Lorenzo Fernández, con quien se decía que nuestro Padre iba a ser su Canciller. Renuncia entonces a su cargo en España, y el Presidente Carlos Andrés Pérez le manda a decir con su canciller, que se podía quedar como embajador en el lugar que él quisiera. Mi padre solo pidió regresar unos meses después, luego de que sus nueve hijos terminaran la escuela, y así fue.

Regresamos entonces a Venezuela, a reiniciar nuestra vida que habíamos dejado cinco años atrás, con un solo activo: La Familia muy unida. Teníamos una casa que se pudo mantener gracias a la bondad de Oscar García Velutini, que extendió los plazos de una hipoteca y le dio trabajo de nuevo a nuestro Padre al regresar.

El regreso a la Patria nos enfrentó a una nueva vida a todos. Nuestro Padre tuvo que volver a comenzar su actividad profesional y atender de nuevo su condición de profesor universitario. Un tío muy querido y entonces con recursos le prestó un carro para los fines de semana, y el transporte público le sirvió para ir y venir al centro todos los días a su trabajo. Le fueron apareciendo asuntos profesionales que atender, y poco a poco fue recuperándose económicamente.

En una nueva etapa de su vida, ya con más recursos financieros, decidió separarse de su actividad profesional productiva, y dedicar su tiempo entre la ciudad de Washington DC, donde adquirió una casa para desde ahí poder trabajar en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, y donde quiera que hubiese documentos que debía consultar sobre nuestro país para sus libros.

Como abogado fue genial, ya en su segunda etapa, más que en derecho administrativo, se dedicó al derecho bancario, al agrario, al mercantil, al civil, al litigio, y dejó una oficina que tenía con sus hijos abogados, que aún dirige nuestro hermano Eduardo, y sus socios Francisco Manuel Mármol, ya fallecido, y Juan Antonio Asuaje, que se convirtió en su hermano menor o tal vez en su mejor amigo. Fue exitoso en los tribunales, en la Corte, en los centros de arbitraje, en la banca, compañías de seguros, redactó el primer

documento de condominio, el primer contrato de arrendamiento financiero inmobiliario, todo lo cual quedó muy bien resumido en un libro que publicó de nombre” yo, abogado de este domicilio “.

Decía nuestro Padre que el abogado debía además de ejercer la profesión, debía también formarse en ambientes como el de las empresas, para entender mejor los puntos de vista del cliente, y lo más importante: también atender alguna función pública, desde la cual decía: le podemos devolver al país parte de lo que nos dio.

Muchas veces le pidieron fuera a la Corte Suprema de Justicia como magistrado principal, pero se excusaba alegando tener nueve hijos que mantener. Cuando finalmente pudo, se lo volvieron a ofrecer, pero prefirió declinar en favor de una ex alumna que competía por el cargo y lo merecía cuando lo aceptó. No obstante, ello, durante muchos años estuvo muy cerca de esa importante institución, de la cual fue conjuer y juez suplente.

Venezuela fue siempre muy importante para él, por eso estudió y escribió su historia y la de sus personajes, por eso también estudió y trabajó sus leyes, y por eso formó una familia en y para Venezuela, al extremo de haber escrito un artículo, cuando muchos se comenzaron a ir, que se tituló: “Yo de aquí no me voy”. El país se comenzó a descomponer cada vez más, y su salud también. Sabía que entonces se iba, y nos dejó como despedida una linda carta de orientación para nuestras vidas, en la cual además nos confesaba un amor que según él solo estuvo a veces limitado por su forma de ser.

Nos deja nuestro Padre en esa carta consejos acerca de la familia y su necesidad de mantenerse unida, del respeto y el apoyo entre nosotros, y nos pidió enseñar a nuestros hijos a vivir dentro de tres normas permanentes: el trabajo, la honestidad y la eficiencia. También nos sugiere creer siempre en Dios, conversar con él y procurar ser católicos con todo lo que ello significa. Nos recomienda no guardarle rencor a nadie, no odiar, hacer el bien, no discriminar, no causarle daño a nadie, y respetar y atender nuestros hogares.

Insiste también nuestro Padre en la generosidad, en la lectura constante para conocer nuevas ideas y mejorar las existentes, para una continua superación de nosotros mismos. Aconseja luego escuchar música, que nos ayude a elevar el alma.

Deseo para nosotros que nos anime siempre un fervoroso amor por Venezuela, y citando a Augusto Mijares escribió: “No hay que ocuparse tanto de morir por ella, que casi siempre es inútil, sino de vivir por ella y

para ella”. Seamos siempre venezolanos, orgullosos de nuestro país que es el nuestro.

Su último encargo fue: que cuidemos a nuestra Madre, que no le causemos dolor, que la protejamos para que no le pase nada y para que pueda vivir lo mejor posible.

Los libros de su biblioteca, más de veinte mil ejemplares, pudieron ser donados a la Universidad Monteávila de Caracas, y los libros que escribiere quiere que se ofrezcan al público y que si hay algún beneficio sea usado para beneficio de estudiantes que necesiten ayuda para seguir estudiando.

Manuel mi hermano, en anterior acto homenaje a nuestro Padre realizado por esta academia el 21 de mayo de 2013, pronunció unas palabras que complementan estas mías de hoy para recordar a nuestro querido Papá. Recordaba Manuel que en junio de 1980, cuando se incorporó como individuo de número de esta ilustre Academia de Ciencias Políticas y Sociales, para ocupar el sillón No 26, sustituyendo a ese gran venezolano que fue don Augusto Mijares, y que hoy ocupa en forma brillante el Dr. Gabriel Ruan Santos, expresó en su discurso de incorporación, entre otras cosas: “ que el tiempo no le había hecho perder la preferencia íntima que lo hizo escoger la carrera de abogado, y que creía siempre en el Derecho como guía que permite vivir honestamente, no hacer daño a nadie, y a dar a cada uno lo suyo”

Todos sus hijos, nietos y demás familiares cercanos, hemos tenido esa carta y esas reglas como guía, y seguiremos buscando poderlas cumplir siempre en homenaje permanente a Papá.

En nombre de mi Madre, de mi Esposa, de mis hermanos, de mi tía María Cristina, de todos los nietos y bisnietos, y de toda la familia y amigos, expreso nuestro agradecimiento al Presidente y a los miembros de la Junta Directiva de esta ilustre Corporación, por este homenaje a nuestro Padre. Manifestamos igualmente nuestra gratitud por sus palabras a su Presidente Dr. Julio Rodríguez Berrizbeitia, y a los académicos Enrique Urdaneta Fontiveros, Gabriel Ruan Santos, Allan Brewer-Carías, Carlos Ayala Corao por participar como moderador, y a Rafael Badell Madrid por la magnífica presentación del boletín.

Muchas gracias también a quienes nos acompañaron en este homenaje a Tomás Polanco Alcántara.

¡Señores!